

Nuevo libro de Pablo Da Silveira:

Padres, maestros y políticos

En su nuevo libro “Padres, maestros y políticos. El desafío de gobernar la educación”, el filósofo Pablo Da Silveira analiza y marca las fallas de nuestro sistema educativo y plantea debatir algunas de las cuestiones claves del mismo: ¿están hoy justificadas la gratuidad y la obligatoriedad?, ¿sólo los docentes están capacitados para enseñar? ¿escolarizar es lo mismo que enseñar?.

¿A quién corresponde gobernar la educación?

La enseñanza no es un tema para los especialistas en educación, sino una cuestión que nos involucra a todos como ciudadanos. Parecería que hemos aceptado que se nos confisque un tema que está directamente involucrado con la relación entre padres e hijos y entre nosotros. Una vez que las decisiones de fondo fueron tomadas por los ciudadanos, entonces sí podemos poner en manos de los técnicos el funcionamiento.

¿Por qué es tan complejo lograr un sistema educativo que funcione?

Porque es el resultado de un conjunto de decisiones que los países democráticos tomaron en el último cuarto del siglo 19 donde se decidieron básicamente dos cosas: por un lado una intervención extremadamente fuerte del Estado, y lo segundo la opción por un modelo de gestión que construyó gigantescas burocracias que pasaron a ser las encargadas de impartir enseñanza. En los hechos esas enormes estructuras, llamadas a cumplir un fin muy noble,

lo han podido hacer parcialmente al tiempo que han surgido una enorme cantidad de problemas y efectos perversos que complican el panorama. Nunca como ahora se dispuso de tanto dinero y de tanta gente para educar y nunca hubo tanta gente insatisfecha. Los docentes con las condiciones en que ejercen la profesión, los padres por la calidad o por las condiciones, los alumnos porque no saben para qué les servirá lo que les enseñan, los políticos porque ven a la enseñanza como un perpetuo dolor de cabeza, etc.

Una de las razones para que los sistemas funcionen mal, y es algo que trato de demostrar en el libro, es que las grandes reformas del siglo XIX pusieron juntas dos cosas que pueden ir separadas. Por un lado el gobierno de la educación (definir objetivos, recursos a destinar, criterios de éxito o fracaso y mecanismos de control), algo que necesariamente tiene que estar en manos del Estado, y por otro lado la gestión cotidiana del sistema educativo (hacer funcionar los centros, contratar docentes, mantener los edificios, comprar materiales, organizar horarios), lo

cual no tiene por que hacerlo el Estado.

Todo gobierno tiene que ocuparse de que todos sus habitantes logren estar alimentados, pero no por eso va a gestionar todos los restaurantes del país. Con la educación pasa algo similar, y eso es un problema por varios sentidos. Por un lado porque coarta la libertad, segundo porque el Estado ha demostrado ser un mal administrador de la enseñanza, y tercero porque genera riesgos de cuestión autoritaria.

Creo que hay que hacer exactamente lo que aquellos reformadores hicieron, es decir cuestionarnos lo que tenemos y actuar en consecuencia.

En el libro Usted plantea discutir los conceptos de gratuidad y obligatoriedad, ¿están dadas las condiciones como para debatir sobre esos temas?

Este es un libro de Filosofía, y por tanto tiene como objetivo preguntarlo todo. Entonces hacerse esas preguntas ayuda a cuestionarse algunas cosas importantes como por ejemplo que la gratuidad y la obligatoriedad no son fines en sí mismos sino instrumentos para



“la gratuidad y la obligatoriedad no son fines en sí mismos sino instrumentos para alcanzar ciertos objetivos”.



alcanzar ciertos objetivos. La obligatoriedad tiene como fin alcanzar la enseñanza universal, pero eso nos lleva a algunas observaciones algo perturbadoras, como que más de un siglo de enseñanza obligatoria solo ha conseguido en algunos lugares la universalización de los aprendizajes. Otra cuestión interesante es que muchos padres reclaman la necesidad de que se le enseñe a sus hijos sin que tengan que estar escolarizados.

Lo mismo pasa con la gratuidad, la cual en algunos casos puede ser una práctica injustificada y en otros casos de estricta justicia. Como bien decía Karl Marx, la gratuidad en algunos casos en la enseñanza universitaria puede significar una redistribución regresiva que perjudica a los más débiles y favorece a los más ricos. Lo importante es que no se trata de decir obligatoriedad si o no, gratuidad sí o gratuidad no, sino de abrir esas cajas negras y darse cuenta que hay mucho material para reflexionar ahí adentro.

Algo similar sucede con la cuestión de la participación lo cual es defendido por mucha gente pero en algunos casos ignorando que los ciudadanos no están de acuerdo entre sí acerca del grado de participación que desean tener en el establecimiento al que concurren sus hijos. Por tanto las políticas que se diseñen tienen que hacerse teniendo presente que no estamos de acuerdo en ese punto.



¿Qué evaluación hace del Plan Ceibal como instrumento por excelencia de la política educativa del actual gobierno?

Primero debo decir que es muy bueno que exista porque ha traído muchos beneficios a mucha gente ya que reduce la brecha en el acceso a la tecnología y permite la alfabetización informática. En segundo lugar hay que resaltar que el Plan fue impulsado desde la Presidencia de la República y ejecutado desde el LATU, totalmente por fuera de los órganos encargados de la educación, esto es una confesión muy clara de parte del primer gobierno de izquierda, que con las actuales estructuras educativas no se puede llevar adelante planes auspiciosos y exitosos a corto plazo. Si faltaba alguna prueba de que esas estructuras están bloqueadas, anquilosadas y no funcionan, es el modo en que este gobierno (aliado de los sindicatos históricamente) llevó adelante el Plan Ceibal.

En tercer lugar tengo que decir que el Plan Ceibal, como todas las cosas, es mejorable. Por tanto el principal desafío está en mejorar la interfase entre lo tecnológico y lo pedagógico. Ya ocurren cosas preocupantes como que en algunas escuelas las computadoras sólo se abren en el horario de informática ya que las maestras en los otros horarios ordenan que estén cerradas porque las ven como una distracción. Pero este nos es un argumento contra el Plan, sino que indica que necesitamos ponerle más piense y más esfuerzo para lograr que el éxito sea mayor.

Muchos institutos privados están en la duda de si sumarse al Plan Ceibal o no ¿qué opinión tiene al respecto?

Creo que muchos institutos pueden verse amenazados, como aquellos que trabajan con poblaciones más humildes ya que puede suceder que sufran un pasaje de alumnos a la enseñanza pública en la medida que les da un beneficio adicional. Esto muestra que la distinción que importa no es público o privado sino entre estudiantes con fragilidades económicas y aquellos que no las tienen, habiendo de los dos en ambos sectores. Lamentablemente la fuerza de los prejuicios y la explotación política de los resentimientos hacen que estas cosas no se vean con claridad y el costo lo pagan, como siempre, los que están peor.